

*Habla la vedette argentina que acompañó a Uruguay al principal inculpado por el crimen de Eugenio Berríos:*

## **Yo amé a un asesino**

*Se conocieron el 26 de mayo de 1990 en el cumpleaños de un polero en el Club Hípico. Esa misma noche, tras un largo coqueteo en el que él dijo ser ingeniero comercial y soltero, le pidió el teléfono. Así, Sabina Dematteis, ex gatita de Porcel y vedette de la compañía de Daniel Vilches, y Arturo Silva Valdés, miembro de la unidad ultra secreta de la DINE y escolta de seguridad exterior del general Pinochet, iniciaron el idilio. Una relación que los llevó a Buenos Aires, Perú y Montevideo, donde habían ocultado al químico de la DINA Eugenio Berríos, por cuyo asesinato Silva Valdés está hoy preso y procesado. Fueron cinco años de una vida de misterios, placeres, viajes y hoteles cinco estrellas. El testimonio de Sabina -en exclusiva para Siete+7- revela y prueba los pasos que el glamoroso mayor ha intentado a toda costa ocultar, justo cuando el ministro Alejandro Madrid abre el expediente de desafuero de Pinochet por las declaraciones en que Manuel Contreras imputa al ex comandante en jefe del Ejército la orden de secuestrar a Berríos.*

**Por Verónica Foxley y Mónica González  
(Desde Buenos Aires)**

*Publicado en revista Siete+7, nº 73, 1 de agosto de 2003*

En 1991 la vedette argentina Sabina Dematteis, de sólo 21 años, acompañó por primera vez a su novio

-Arturo Silva Valdés- a Montevideo. Él debía trabajar, ella, divertirse. El objetivo del viaje -según le dijo a ella- era "controlar de cerca los pasos de un peligroso narcotraficante que se escondía en esa ciudad". Esto no llamó demasiado la atención de la joven: en el año que llevaban juntos, Arturo Silva -de 35 años entonces- le había confesado ser un militar que trabajaba "para una organización de inteligencia secreta que, en colaboración con los servicios de inteligencia americanos, luchaba contra los carteles de la droga". Y para probarlo le exhibió un pasaporte estadounidense. Por eso, cuando un tal "Pablo" (teniente coronel Pablo Rodríguez Márquez) o un tal "Jaime" (teniente coronel Jaime Torres Gacitúa) lo llamaban frecuentemente a su celular, a ella tampoco le extrañaba que Silva hablara en código. "¿Dónde lo dejaste?", "¿y qué hizo ayer?", "¿dónde lo llevaron?", "pero, ¿está tranquilo?", "¿qué vamos a hacer? o "déjame ver como lo resuelvo". Frases que, según Sabina, eran parte de sus conversaciones cotidianas. Ella debía callar y entender que tanto los cambios de apariencia de Silva como sus largas salidas del hotel eran parte del oficio.

-Era extraño, ya que cambiaba de look constantemente. A veces salía con sombrero y con anteojos. Otras, se iba con una ropa y volvía con una distinta. En ciertas ocasiones salía en un auto y volvía en otro -cuenta Sabina.

Él la cautivaba: era bien parecido, varonil, de mundo y misterioso, pero por sobre todo elegante.

-Nos dábamos una vida llena de lujos, de restaurantes espectaculares, de hoteles cinco estrellas y cuando yo le preguntaba de dónde salía tanta plata, él decía que era parte de su trabajo y que como él, además, protegía la seguridad del general Pinochet, eso lo pagaba el Ejército.

En Montevideo, y buscando resarcir sus prolongadas ausencias diarias, al final de la tarde Silva se dedicaba enteramente a ella. Sabina recuerda que en una de esas noches cenaron a la luz de las velas en el restaurante del hotel Casino Oceanía, el elegante hotel en el que alojaban,

ubicado en calle Mar del Ártico 1227, en el barrio de Punta Gorda. Tras sendas declaraciones de amor, la pareja decidió ir a bailar a la discoteque del hotel: la conocida New York.

-El restaurante era lindísimo. Había un piano blanco. De pronto se me ocurrió llamar a mi mamá por el celular. Mientras hablaba con ella, Arturo insistió en que también quería saludarla. “¿Qué tal América?, aquí estoy con mi mujer” le dijo por el teléfono portátil. Yo le creía ciegamente. Es que era todo tan bonito y la pasábamos bárbaro. Estaba muy enamorada y jamás se me pasó por la cabeza nada raro -recuerda hoy Sabina, desde una cafetería en Buenos Aires, cuando han pasado más de 11 años de aquella noche.

Mientras ella disfrutaba de las sorpresivas vacaciones de lujo en Uruguay, ignoraba que su novio Arturo Silva era en realidad un hombre peligroso, uno de los brazos ejecutivos de la operación “control de bajas” de la DINE, cuya misión era sacar de Chile a militares y agentes de los servicios de seguridad chilenos para impedir que declararan en los tribunales y fueran encarcelados o procesados por abusos u homicidios. Y menos imaginó que Montevideo -su nido de amor- era el lugar escogido para llevar adelante una parte importante del plan: sacar del escenario al químico Eugenio Berríos, eje de uno de los capítulos más sórdidos y explosivos de la dictadura, la fabricación de armas químicas y el uso de bacterias para eliminar a opositores y aumentar el potencial bélico militar. La operación la dirigió el propio Arturo Silva y se concretó el 26 de octubre de 1991 (ver Siete+7 n° 32 y n° 33)

Sabina también desconocía que en Montevideo se ocultaba desde ese mismo año 1991 Carlos Herrera -autor del asesinato de Tucapel Jiménez en 1982- y que allí también Valdés había escondido al capitán (r) Luis Arturo Sanhueza Ross, alias “El Huiro” o “Ramiro Droguett Aránguiz”, quien fue sacado de Chile para eludir su responsabilidad en la “Operación Albania” y en el asesinato del dirigente del MIR Jécar Neghme. Y menos que Silva Valdés, el hombre que le hacía el amor a la luz de la luna, era quien debía velar por el éxito de la que después se convertiría en una macabra misión.

Para ella, ese era un viaje más de los muchos que él hacía a Montevideo. Por lo demás, un año antes, en 1990, ella también lo había acompañado varias veces a la Argentina.

-En octubre del '90 fuimos a Bariloche. Trabajaba todo el día y yo lo esperaba en el hotel. Se ausentaba muchas horas. Un día partió en la mañana y volvió en la noche. Me dijo que había ido hasta la frontera con Chile. Decía que él dejaba a toda la gente trabajando y que después regresaba para estar conmigo. De ese viaje no volvimos juntos. Pero él fue una vez más solo. También en 1990 vinimos bastante a Buenos Aires. Alojábamos en un departamento que él junto con Jaime Torres habían alquilado por tres meses en el barrio de Recoleta en la calle Quintana, justo con la que cruza el Café de la Paix (ver foto) -cuenta.

Sabina Dematteis suponía que los trámites que él hacía en Buenos Aires estaban relacionados con la supuesta tarea de perseguir narcotraficantes. “Por eso me decía que necesitaba hacer algunos ‘contactos’ en Buenos Aires. Pero después de varios viajes, Arturo concluyó que los nexos con Argentina no le servirían”. Fue así como una noche le anunció: “Los argentinos son muy cagadores y coimeros. No se puede trabajar con ellos. Piden una fortuna para todo”. Esa fue la razón para el siguiente anuncio que Sabina le escuchó: “A partir de ahora los ‘contactos’ tendré que hacerlos en Uruguay”.

Y eso fue exactamente lo que sucedió después.

-Durante el año 91 y 92, Arturo viajaba por lo menos dos veces al mes a Uruguay. Se quedaba una semana, volvía, y después se iba tres días más. Muchas veces se iba de Santiago a la Argentina y de ahí pasaba a Uruguay. Yo le decía ‘¡pero por qué haces esos viajes tan complicados!’. Y él me contestaba: ‘para despistar’.

La estadia de la vedette, en su primer viaje a Uruguay, termino con un incidente que le parecia extraño e incluso algo violento. Una vez que se despidió de Arturo Silva en el aeropuerto de Montevideo y que atravesó el control policial, estando en el duty free, se le acercó una mujer. Sin aspaviento, pero con voz segura y que no admitía réplica, le dijo que tenía que acompañarla y la tomo fuertemente del brazo.

-¿Cuál es el problema? -atiné a preguntarle muy asustada.

-¡Necesito que me acompañes y respondas algunas preguntas! -recuerda Sabina que fue la única respuesta que obtuvo mientras la seguía.

Ante su total asombro, la bella mujer fue llevada a una sala cerrada. Allí se encontró con otras personas quienes la interrogaron acerca de la identidad del sujeto que la había dejado en el aeropuerto. Como Silva Valdés le había advertido en reiteradas ocasiones que hechos como ese podían ocurrir, ella también había sido aleccionada por su novio de que nunca debía decir quién era él, ni mucho menos en qué trabajaba.

Sabina se negó a responder.

-Me puse morada, porque encima pensé: él trabaja contra el narcotráfico y capaz que me hayan puesto algo en la cartera. Me negué a contestar. Les dije que no tenía por qué darles esa información.

Frente a su negativa reiterada, la misma mujer que la interpeló en el aeropuerto le advirtió que en el caso de no responder la llevarían detenida.

-Cuando me dijeron eso, me asusté y le respondí: se llama Arturo Silva. Acto seguido me hicieron pasar a un cuarto en el que me desnudaron completamente. ¡Era tan extraño! Mientras me revisaba, la mujer me decía: 'Estamos buscando a una argentina que trabaja con el tipo con que vos llegaste. Pero yo sé que no sos vos. Lo que pasa es que tu apariencia y tus rasgos coinciden perfecto con la persona que buscamos'. Aterrada yo escuchaba mientras me desnudaba. Luego me vestí y me dejaron ir. Apenas pude me junté con Arturo y le conté. Y él, sonriendo me dijo: 'No. ¡Negrita, no te preocupes! No hagas caso. Y no porque cualquiera te pare en la calle tienes que andar diciendo quién soy'.

-¡Pero, Arturo, me dijeron que vos estabas con otra mujer! -repliqué.

-No, Negrita, te deben haber confundido con otra persona. Ni te preocupés -eso fue lo que dijo y ahí quedó todo.

A pesar de su total fe y confianza en Arturo Silva, la adrenalina que se desbordaba en hechos como ese o en el misterio que rodeaba el trabajo de su novio, no impedían que frecuentemente la asaltaran algunas dudas y una gran cuota de curiosidad. Además, de improviso le afloraban las contradicciones: 'Si mi novio combate el narcotráfico, ¿cómo se entiende que se fume tantos "porros" (pitos) de marihuana?'.

-Hasta que se lo dije: 'pero vos estás en contra del narcotráfico y te fumas unos porros... ¿cómo es esto?'. Pero no había respuestas, sólo caricias y sonrisas.

En septiembre de 1992, Sabina viajó nuevamente con él a Montevideo. Compartieron momentos muy románticos, pero al regreso ella comenzó a notar algunos pequeños cambios en su actitud.

-Lo sentí extraño. Andaba completamente ido. Yo le veía cosas raras. A veces por las noches no podía dormir. Me decía que se desvelaba 'porque estamos por terminar un operativo muy importante', o hacía alusión a su trabajo. Otras veces, en cambio, decía tener insomnio porque Arturito -su hijo de 10 años, enfermo de cáncer- estaba muy mal. Acogojado me decía que

sabía “que moriría en cualquier momento”. Otra cosa extraña es que andaba siempre alerta, como si lo siguieran. Y siempre armado. Y la explicación que me daba era: ‘si por ahí se me acerca una persona que no tiene nada que ver conmigo, le voy a hablar en su mismo código, ¡pero tú no tienes que asustarte!, tienes que hacerte la tonta siempre. Si nos llegan a detener en la calle nunca tengas miedo. No te preocupes, tengo todo bajo control’. Y yo le creía -explica Sabina.

-¿Habló alguna vez de armas químicas o Gas Sarín?

-No. Él sólo decía estar una misión relacionada con el combate al narcotráfico o con la seguridad de los viajes que hacía el general Pinochet.

El amigo “Jaime”. La vida que compartían en Santiago era bastante sui generis. Vivían separados, “pero él dormía cinco noches a la semana conmigo”. Ella trabajaba de vedette con la compañía de Daniel Vilches y él como “economista”, agente secreto contra el narcotráfico y asesor de seguridad de Pinochet. “Pero nunca se desvinculaba de Uruguay. Lo llamaban mucho unos uruguayos. Con ellos decía que la pasaba bárbaro. Eran todos divinos”, dice Sabina.

Según Dematteis, Arturo Silva mantenía contacto telefónico a diario con “Jaime”.

-Jaime lo llamaba todo el tiempo. Ese era su amigo y además colegas, ya que me decía que con él trabajaba de ingeniero comercial en una oficina. Al punto que cuando se iba de viaje, me decía que cualquier problema que tuviera, yo debía llamar a Jaime. Yo quería conocerlo, pero él se negaba -afirma Sabina.

El amigo en cuestión no era otro que el mayor Jaime Torres Gacitúa, uno de los mejores amigos de Arturo Silva, jefe del equipo de seguridad del general Pinochet durante 15 años y también miembro del equipo secreto de la DINE. En la investigación que llevó a cabo la jueza Olga Pérez y que ahora está en manos del ministro en visita Alejandro Madrid, se ha podido determinar que Torres Gacitúa habría sido el testigo de los dos disparos con que se dio muerte a Eugenio Berríos en 1992: uno lo habría hecho Silva Valdés y el otro, un coronel uruguayo, Eduardo Radaelli.

En esos intensos días de “operaciones secretas”, Sabina también recuerda que Arturo Silva tenía a su disposición un departamento en el centro de Santiago, el que ocupaba para alojar a ciertas personas, “pero nunca entendí de quiénes se trataba”.

Transcurrido el tiempo, hoy la ex vedette de “Sábados Gigantes”, programa en el que fue contratada para la sección humorística “Pinto, Paredes y Angulo”, constata que en la completa farsa en que se desarrolló su prolongada historia de amor, lo único que Arturo Silva nunca le ocultó fue su rol de “asesor” de seguridad para los viajes al exterior del general Pinochet (en ese entonces comandante en Jefe del Ejército). Un rol que Sabina Dematteis disfrutó también a plenitud.

-Antes de que el general Pinochet viajara fuera de Chile, Arturo debía viajar a la ciudad en cuestión y verificar las habitaciones, los equipos médicos, la seguridad de todos los itinerarios, los vehículos y las rutinas que haría después el general Pinochet.

Así fue como en octubre de 1993, Dematteis acompañó a su pareja a Río de Janeiro, Brasil. Durante una semana alojaron en la suite presidencial del Hotel Intercontinental, la misma que usaría horas después Augusto Pinochet para pasar sus vacaciones. De allí que la prensa local informara que éste se había registrado bajo el nombre falso de “Arturo Silva Valdés”. De las “otras vacaciones” que tuvo un poco antes Silva Valdés con su novia en Montevideo, nada se supo.

-Como todo era muy lujoso, yo le preguntaba que de dónde salía tanta plata y él me respondía que eran gastos propios de su labor en el Ejército. Entiendo que él debía ir a los hoteles lujosos porque después se alojaría allí mismo Pinochet, pero todos los viajes eran así -cuenta Sabina.

Y agrega una información: "En Río de Janeiro no tenía que trabajar tanto, veía un par de cosas y estaba listo. Pero donde sí trabajaba era en Uruguay".

Ella sentía que Arturo Silva no era sólo un hombre elegante, romántico y seguro de sí mismo.

-Veía que hacía un trabajo importante. Me decía que él tenía que hacer todos esos viajes porque así preparaba el terreno para cuando llegara el general. Me decía que era algo así como el brazo derecho de Pinochet. Y tenía muchas fotos junto a él. Lo adoraba, para él era lo máximo -recuerda.

Sabina también veía que el cariño de Arturo Silva por Pinochet era bien correspondido. Fue testigo de cómo frecuentemente el general le mandaba cosas a Silva.

-Recuerdo que un día apareció con una botella de whisky muy especial que le había regalado el general. De uno de sus viajes que hizo con él, a Suiza, tengo una foto en la que Arturo sale con el auto que arrendó para el general (ver foto). En realidad, él hablaba todo el tiempo de la familia de Pinochet -acota.

En sus conversaciones cotidianas a veces bordearon la política. Dematteis le decía que el proceso militar argentino había ocasionado heridas en su país. No era la opinión de Silva Valdés:

-Para Arturo, todo lo que se había hecho en Chile estaba perfecto. La gente que había muerto debía morir, porque 'bien merecido se lo tenían', afirmaba. En ese sentido era muy duro. Sin vacilaciones, afirmaba que los gobernantes de la democracia no eran buenos y que lo mejor sería que en cualquier momento volvieran los militares.

Militar a todo lujo. Lo claro es que en la relación de Arturo Silva y Sabina Dematteis la política no era importante. Lo principal era que se habían juntado dos gozadores de la vida. Y la disfrutaban.

Sabina relata: "No sé cuánto dinero ganaba, pero tenía un buen auto japonés y sólo usaba ropa de marca. Mis amigas me decían que tuviera ojo porque los militares ganan dos mangos y se preguntaban '¿de dónde saca tanta plata?'. Le gustaba mucho ir al Club de Polo San Cristóbal a practicar ese deporte. Pero allí nunca lo acompañé. Claro, tal vez le daba vergüenza que yo fuera vedette, porque como eso en Chile es sinónimo de prostituta... Ahora, él sabía muy bien que yo era vedette y no una carmelita descalza. Pero Arturo detestaba que usara minifalda. Y así fue como cambió completamente mi vestuario. Yo tenía 21 años y me vestía como una mujer de 60. En Uruguay me regaló un abrigo de visón. En todo caso, se mostraba conmigo en todas partes. Íbamos a los mejores restaurantes, al Parque Arauco, a cines, incluso me iba a buscar a la salida del teatro donde yo actuaba junto a Moria Casán. Una vez le presenté a Coco Legrand, que era mi amigo. ¿Cómo iba a imaginar que había algo raro? ¿Cómo iba a tener algo oculto si dormía cinco noches a la semana conmigo y nos hablábamos por teléfono unas 15 veces al día?". Y en sus palabras y en sus ojos se aviva el recuerdo:

-Mis amigos lo amaban. De hecho, cuando ellos venían a Chile, él nos pagaba a todos la estada en Valle Nevado. Si mi mamá quería venir a verme era él quien enviaba el pasaje -cuenta.

Entre 1990 y 1993 la relación entre Silva y Dematteis marchó sobre ruedas. Eso es lo que ella creía. Se habían conocido un 26 de mayo en un cumpleaños de un polero en el Club Hípico. Esa misma noche, tras un largo coqueteo en el que Silva dijo ser ingeniero comercial y soltero, le pidió el teléfono. Así, la ex gatita de Porcell y el militar del servicio secreto de la DINE iniciaron el idilio. Pero a las pocas semanas vino el primer sinsabor, la primera mentira en la que sería

después una cadena interminable de historias trucas. A través de una amiga, la vedette se enteró que Silva Valdés era un hombre casado y padre de tres hijos. "Lo enfrenté y le dije:

-Arturo, vos sos casado y tenés tres hijos.

-Ah, bueno, sí, pero estoy separado, así es que es como si fuera soltero -me contestó".

Y a Silva no le quedó más remedio que desenmascarar al menos parte de su historia. Tenía tres hijos y uno de ellos -Arturito, de 9 años entonces- tenía un tumor cerebral que estaba tratándose en una clínica en Estados Unidos. De su oficio de militar, aún no le decía nada.

-Creo que él partió jugando conmigo y con el tiempo se fue enamorando. Sólo a los tres meses de iniciada la relación me confesó ser un militar que colaboraba con los servicios secretos americanos en la lucha contra el narcotráfico, tarea que combinaba con su trabajo de ingeniero comercial. También me dijo que su socio se llamaba Jaime.

Sabina nunca conoció a sus otras dos hijas. La excusa para ello es que, como las niñas ya sufrían lo suficiente con su madre y su hermano en Estados Unidos, él no quería darles un nuevo dolor presentándoles a la nueva novia.

-Él usaba a su hijo enfermo todo el tiempo. Así fue durante toda nuestra relación. Siempre decía que habría que esperar hasta ver qué sucedía con su hijo para vivir juntos -cuenta.

La "espera" no fue obstáculo para que Silva se exhibiera con ella por todo Santiago y se hiciera acompañar por Sabina en muchos de sus viajes al exterior, dándose la gran vida. Tan estrecha era la relación que en 1993 Arturo Silva se dio el tiempo para viajar a Perú y así estar con Dematteis, quien trabajó 10 meses como vedette y actriz para Televisa de ese país.

-Me preguntaba todo el tiempo si en el programa saldría vestida o en bikini. Yo le insistía que vestida. Justo en la noche él vio el programa y salió con bikini. Cuando regresé al hotel me encontré con una nota que decía: "No mienten ni ocultan nada las princesas". ¿Cómo tenía cara? -se pregunta hoy en Buenos Aires.

En noviembre de 1993, Silva le confesó a Sabina que debía "abandonar el Ejército". Fue cuatro meses después que el escándalo por el secuestro y posterior desaparición de Eugenio Berríos en Montevideo provocara un cuasi golpe de Estado en Uruguay, al intentar los militares de ese país impedir toda investigación de este vestigio de la "Operación Cóndor".

-Me dijo acongojado que no quería, pero que debía hacerlo. Al parecer, él estaba muy involucrado en algunas cosas, entonces tenía que blanquear algunas situaciones. Y así fue como empezó a planificar instalar una empresa de seguridad privada -recuerda.

Sus planes los materializó en 1994. Nació Vanward. Y en septiembre de 1994, lo enviaron en comisión de servicio a trabajar para la seguridad personal de Agustín Edwards, el dueño de El Mercurio. En esa misión se unieron a Valdés Nelson Hernández Franco, también miembro de la unidad secreta de la DINE y que se desempeñó en la CNI bajo la chapa "Marcos de la Fuente", procesado por el asesinato de Tucape Jiménez; Marcelo Sandoval y Nelson Román. Hubo también una mujer: Erika Silva. Todo el equipo quedaría más tarde encabezado por el mayor Eduardo Martínez Wogner, quien fue ayudante del director de la CNI Humberto Gordon.

Poco después, Sabina recibió una mala noticia: su padre estaba gravemente enfermo. Ella debió regresar a vivir a Buenos Aires. Pero la relación no terminó. Hasta allá llegaba su novio a visitarla o ella viajaba a Santiago. La historia continuó hasta que en 1995 la trágica muerte de Arturito puso en evidencia una nueva mentira. En el obituario del El Mercurio, leyó el anuncio firmado por Silva Valdés y su esposa... y cuatro hermanos.

-No entendía nada. A través de averiguaciones que hicieron mis amigas descubrí que estaba casado por segunda vez y que tenía otros dos hijos (de 3 y 5 años). ¡Los dos habían nacido mientras estábamos juntos! ¡Cómo hacía para mantener la mentira conmigo, con su primera mujer, la otra y con su trabajo! Tenía 20 mil caras. La verdad, ¡no sé con quién estuve! La trampa era su forma de vida. No sabía vivir de otra manera.

Así fue como Sabina Dematteis creyó poner punto final a su historia de amor de cinco años. Pero los llantos y las peticiones de perdón la hicieron retroceder.

-¡Sepárate!, le dije. Y su respuesta fue: 'No puedo, porque cuando Arturito murió me pidió que no abandonara a su hermanitos como los había abandonado a ellos'. Dematteis decidió cerrar la puerta y despedirse para siempre. Tres años más tarde, en 1998, viajó a Chile y se encontró una vez más con Arturo Silva Valdés.

-Nos fuimos juntos... Hicimos el amor y ahí lo noté muy mal. No era el hombre que yo había conocido. Estaba mal, ojeroso y de mal aspecto. Se le habían venido 20 años encima...

Sabina supo nuevamente de su ex novio por la investigación de Siete+7 sobre el asesinato del químico de la DINA Eugenio Berríos. Ahora, con la información recién asimilada, reflexiona:

-Pensar que estuve con un asesino todo el tiempo y no lo sabía. Necesito ir y verle la cara. Me hizo vivir una película: planeaba la muerte de un tipo y más encima me llevaba con él. ¿Para qué? Si mató a Berríos fue porque le dieron una orden. Y de arriba. Es tan culpable el que idea el asesinato como el que lo ejecuta. ¿Qué habría pasado si no acataba la orden? Pero en una guerra los militares salen a matar gente...

-¿Lo imagina disparándole el tiro fatal a Eugenio Berríos?

-No, no me lo imagino. Me da escalofríos. El hombre con el que estuve tantas noches en la cama..., con el que he llorado y el que me dijo "te amo"... ¿A cuántos más mató? ¿Y a Berríos por qué?, ¿porque podía abrir la boca? Si es por eso, ¿hay que matar a cuántos más antes de que se acabe esta guerra?